

El Comercio 28 de Junio de 1964

Supl. Dom p. 8

Mucha realidad por revelar

por Sebastián Salazar Bondy



Los "objetivistas" —con todas sus variantes desde la Sarraute hasta Simon— parecen decirnos que ya no nos queda por descubrir literariamente sino la realidad estática en la cual el hombre mismo aparece "reificado", hecho una cosa para describir. Hemos llegado al fondo —sería la afirmación— para descubrir que todo es superficie. La Nueva Novela de los franceses invade la pluma de los escritores debido sobre todo a esa tremenda fuerza intelectual —"pueblo de gracia, pueblo de fuerza" llamó a Francia el gran Rubén Darío— que se irradia desde París. Sartre se levanta ahora contra esa tendencia, como ya lo han hecho otros en América Latina. Ernesto Sábato combate en "El escritor y sus fantasmas" las teorías de Robbe-Grillet acerca de la novela.

No se puede negar, sin embargo, que el "objetivismo" ha logrado bellos libros. Claro que, en suma, eso depende más bien del talento del autor que de las derivaciones de la teoría específica a la que él adhiere. En este terreno, una idea de Weidle está en pie: toda poética es siempre posterior al poema. Ahora bien, el dogmatismo —la teoría institucionalizada, congelada— es una atadura para la creación, y que impongan al creador desde fuera esa u otra teoría constituye una manera de someter la imaginación al lecho de Procusto. La fantasía es siempre más grande que los canales por los cuales se la quiere hacer pasar.

Y mientras el "objetivismo", en la cresta de la ola literaria actual, se lanza a la conquista de adeptos —autores y lectores—, muchos escritores en el mundo continúan en lo suyo: Salinger, Calvino, Carpentier, por citar unos pocos nombres, escriben de acuerdo a una norma secular. La novela —dice ella— es un mundo como el propio mundo, y por ello sus recursos y procedimientos no pueden reducirse a un conjunto limitado de preceptos. Benedetto ha escrito que ingresar a una novela es ingresar a un universo, integrarse en él, ser modificado por él y, en cierto modo, de lector a obra, a él mismo modificarlo. La gran novela del siglo XIX (Dostoievsky, Stendhal, Balzac, Flaubert, etc.) no subsiste viva por gracia de los profesores de literatura y los críticos, sino porque continúa siendo esa realidad completa, fluida,

palpitante, existencial, que dimana de su condición totalizante y mística (permítansenos esta abusiva palabra).

Ahora, por boca de Sartre precisamente, se ha planteado a los escritores del margen subdesarrollado del orbe una dimensión del deber que mezcla la misión creadora y la misión ciudadana. Como Mario Vargas Llosa lo acaba de escribir en un diario de Lima, el mismo autor que llevó a los escritores jóvenes, especialmente a los de los sectores atrasados del globo, a la idea del compromiso con su tiempo y su sociedad, los enfrenta a una nueva alternativa: escribir desde lejos sobre el drama de su pueblo y hacer literatura, o volver a ser factores intelectuales y fuerzas individuales que hagan marchar hacia adelante la liberación económica de la miseria y la ignorancia. Es curioso que hayan sido los "objetivistas" los más empeñados en demostrar que literatura y sociedad (o política, que por ese lado lo han tomado) no tienen absolutamente nada que ver. ¿De nuevo la dicotomía "arte-purismo" y "literatura social"? Es probable que no en los términos de ayer, pero la disputa asoma.

Sin embargo, uno se pregunta si algunos libros literarios latinoamericanos no han sido tanto o más eficaces que el proselitismo para crear una conciencia del subdesarrollo: los nombres de Azuela, Icaza, Alegría, Asturias, etc., se vienen a la memoria. No fueron, pues, las creaciones de éstos y bastantes más, simplemente intentos de novelística, sino también textos dinamizadores del desenvolvimiento social. Ellos no producirán —es ingenuo pedirles eso— la transformación, pero su contribución al despertar a los pueblos no fue ni es pequeña. Las generaciones de escritores que les siguen continúan la tarea dúplice: creación y denuncia. Aquí, como en África o como en Asia, hay mucha realidad por revelar, y se trata de una realidad en la que el hombre alienado pugna por romper las amarras, descontento y móvil. Los "objetivistas", por lo menos al modo de los más fanáticos, no cosecharán muchos adeptos para su literatura reificadora y descriptiva.

Distancias y Aproximaciones

